

## UN ACTO DE VALENTIA CIVICA

Por Roberto H. Todd.

Son muchos los actos valientes, los gestos de dignidad cívica, que guarda nuestra historia regional, de aquél que se llamó en vida Luis Muñoz Rivera. Quedan aún en su pueblo natal, Barranquitas, personas ya viejecitas que le conocieron de cerca y guardan recuerdos de lo que fué en sus mocedades, cuando <sup>apenas</sup> se podía pensar en Democracia y Libertad. Ponce, Caguas y San Juan, donde Muñoz residió por mucho tiempo desde que dejó su pueblo de la montaña, guardan de él rasgos de su entereza de carácter, de su pluma acerada y fuerte ante el déspota y siempre, siempre en defensa de su suelo.

Lo que vamos a referir <sup>es</sup> un episodio histórico del ayer cercano, de cuando los hombres de gobierno andaban por esta pequeña isla nuestra con la conciencia tranquila del deber cumplido, sin que nadie les guardara la espalda, con la única arma de defensa un simple bastón de paseo y nadie osaba pensar siquiera en hacerles daño. El episodio me lo refirió el Sr. José Mauleón, desaparecido hace muy cerca de cinco años; él lo presencié y tomé parte en el mismo. Y Mauleón no pertenecía a la agrupación política de Muñoz Rivera. Si hiciere falta otro

testigo, aún queda uno vivo; pero no estoy autorizado a usar su nombre.

Era en los días de la efímera Autonomía que, en sus postrimerías, concedió España a Puerto Rico en los primeros meses de 1898. Don Luis Muñoz Rivera era Secretario de Gobernación, y sus adversarios, los ortodoxos, lo apellidaban "el león".

Se celebraban elecciones en toda la Isla para elegir Representantes a la Cámara y, a estilo español, esas elecciones duraban varios días. El pueblo de San Juan, pueblo en su mayoría ortodoxo, se congregaba todas las tardes en la plaza de Baldorioty a comentar las noticias que venían de la isla, noticias que eran fatales para la causa de los ortodoxos, y todas las tardes la protesta y la gritería iba en aumento. El grito principal era igual: "Abajo el León". Las oficinas de Muñoz Rivera y otros jefes del Gobierno Autónomo estaban instaladas en el edificio conocido hoy por Tesorería, antigua Intendencia.

La última tarde, conocida por el pueblo de San Juan la completa derrota de los ortodoxos en toda la isla, la gritería subió de punto, y a tantos "abajo el León", Muñoz Rivera, acompañado por un grupo de los suyos, se asomó al balcón central del

edificio. Impávido, sereno, Muñoz se mantuvo en el balcón observando cómo le gritaban y levantaban los puños en señal de desafío aquel inmenso gentío. A poco rato Muñoz y sus amigos abandonaron el balcón y— se cuenta— que al oír que continuaban los gritos de "abajo el León", Muñoz dijo a sus amigos que pensaba bajar a ver qué pretendía el pueblo.

"Usted no puede, no debe hacer eso", le aconsejaron. "¿No ve usted cómo está esa fiera popular?"— "¿Quién me lo va a impedir?", les contestó Muñoz. "Además, ¿no me llaman el León?, no puedo tenerle miedo a ninguna fiera", y cogió su sombrero y su endeble bastón y llegó hasta la escalera y cuando vió que le seguían varios de sus amigos, se detuvo. "Quiero ir solo y no permitiré que nadie me acompañe", dijo Muñoz, y sus amigos le obedecieron.

Al referirme esto Mauleón me dijo que cuando él vió salir por la puerta principal del edificio a Muñoz, completamente solo y llevando el clásico bastoncito de siempre, sintió un gran respeto por aquel hombre que así, valientemente, se jugaba la vida ante un pueblo enardecido. Muñoz se dirigió a la entrada oeste de la Plaza y subió con paso firme los tres escalones, y aquí— dijo Mauleón— que él se quitó

el sombrero en señal de respeto, diciendo: "Buenas tardes, Don Luis", cuyo saludo contestó Muñoz descubriéndose, con un "Buenas tardes, Mauleón", y éste, dirigiéndose a la multitud, gritó: "Muchachos, dejadle paso franco a Don Luis Muñoz Rivera"; y aquella multitud, que poco antes quería tragarse al León, se abrió, como dice la Biblia que se abrió una vez <sup>el Mar Rojo,</sup> para darle paso a Moisés y su gente, y Don Luis Muñoz Rivera, sin jactancia alguna, con el cigarro puro en la mano izquierda y el endeble bastón de paseo en la diestra, pasó recto hasta salir a la Calle de la Cruz, sin que nadie le agrediera ni tocara un pelo.

El que así actuaba, era un hombre de carácter, un valiente.